

432 Park Avenue



Con 24 ventanas de 3×3 metros por apartamento, los moradores de la nueva torre 432 Park Avenue tendrán pronto la sensación de habitar “una mansión suspendida del cielo”. Su promotor, Harry Macklowe, ha popularizado el término “vistas de helicóptero” para vender –por 26 millones de dólares– apartamentos desde los que se domina la metrópolis de Nueva York. Una legislación reciente que permite concentrar la edificabilidad de una manzana en un edificio y la posibilidad de ocultar en sociedades limitadas la titularidad de las propiedades inmobiliarias ha cambiado todo: los edificios de Nueva York se han convertido en depósitos en altura de dinero sospechoso.

Deborah Berke, la arquitecta de los apartamentos, lo cuenta así: “Yo soy de Queens, un barrio en el que se mezcla gente muy diferente. Esta torre tiene algo de la arquitectura moderna en sus formas, pero nada de su inteligencia social”. La torre ha sepultado de un plumazo el formalismo de los 2000. Si atendiésemos a la elegancia de sus volúmenes, a la belleza de sus interiores y a su esbeltez (con una relación entre el ancho de la base y su altura de 1/15), no podríamos más que admirarla. Pero a nadie se le escapa que todos estos argumentos resultan banales ante una arquitectura que promueve la desigualdad planetaria y expulsa de las ciudades todo lo que las ha hecho valiosas.